

buen corazón y... quién sabe!... Y había en los puntos que él ponía á continuación de esta reticencia no sé qué idea halagüeña para él. Sin embargo, de vez en cuando, al pasar por delante de los últimos grupos que formaban los vecinos al cerrar las puertas, cogía al vuelo algun trozo suelto de conversacion que disipaba el encanto de sus risueñas hipótesis.

Dos viejos conversaban de este modo: —¿Sabeis, maese Thibaut, que hace frío?

Eso lo sabia bien Gringoire desde el principio del invierno.

—Sí, mucho, maese Bonifacio; ¿si volveremos á sentir los frios de hace tres años, en los que costaba seis dineros el haz de leña?

—Esos frios nada fueron, comparados con los del invierno de 1407, en el que heló desde el día de San Martín hasta la Candelaria, y con tal intensidad, que se helaba la pluma del escribano del Parlamento en el tribunal á cada tres palabras que escribía, lo que interrumpía la marcha de la justicia.

Dos viejas hablaban desde las ventanas, teniendo en la mano velas encendidas.

—¿Vuestro marido no os ha contado esa desgracia?

—Qué desgracia?

—El caballo del Sr. Gil Godin, notario del Chatelet, se espantó de la procesion de los locos y atropelló á maese Filipot Avrillon, oblato de los celestinos.

—De veras!

—Sí, sí.

—Un caballo paisano, qué lástima! ¿Si á lo menos le hubiera atropellado un caballo de caballería!...

Se cerraron las ventanas, y á cada paso perdía Gringoire el hilo de sus ideas; pero pronto le volvía á encontrar y anudaba sus fragmentos, gracias á la gitana y á Djali, que siempre le precedían y que eran dos seres preciosos y delicados, de los que él admiraba los pequeños piés, las hermosas formas y los graciosos ademanes, casi confundiendo los en su contemplacion; por la inteligencia y su amistad, le parecía que eran dos niñas, y por la ligereza, agilidad y destreza de su andar, le parecía que eran dos cabras.

Las calles, entre tanto, aparecían cada vez más oscuras y más desiertas. El toque de Ánimas había ya sonado largo tiempo, y ya no se encontraba por las

calles más que alguno que otro transeunte, y ya no se veía más que por casualidad alguna luz en alguna ventana. Gringoire, siguiendo á la gitana, se aventuró en aquel intrincado laberinto de callejuelas, plazas y callejones sin salida que rodean el antiguo sepulcro de los Santos Inocentes, y que se parece á un ovillo enredado por un gato.

—¡Hé aquí unas calles que tienen poca lógica!—decía Gringoire, perdido en los mil circuitos, de los que no sabia salir, pero entre los que seguía la gitana un camino que le era muy conocido, sin vacilar y con paso cada vez más rápido. Él hubiera ignorado por completo dónde se encontraba, á no haber visto al volver una esquina la mole octógona de la picota de los mercados, cuya cima calada destacaba con viveza sus negros bordes sobre una ventana iluminada aun de la calle Vordelet.

Hacia ya algunos instantes que Gringoire llamaba la atención de la gitana, la que ya muchas veces había vuelto con inquietud la cabeza hácia él, y aun una vez se paró de repente, aprovechando un rayo de luz que salía de una panadería entreabierta, para mirarle fijamente de piés á cabeza; luego de aquel exámen, vió Gringoire que ella hacia aquel gesto que había ya observado en otra ocasion y que seguía andando hácia adelante.

Aquel gesto dió que pensar á Gringoire, porque encontraba que era de desden y de burla aquella mueca, por lo que agachó la cabeza, fijó los ojos en el empedrado y continuó siguiendo á la jóven, pero desde mucho más lejos: al volver una esquina que acababa de hacerle perder de vista á la gitana, oyóla lanzar un grito lastimero. Entonces aceleró el paso.

La calle estaba oscurísima, pero una estopa empapada de aceite, que ardía dentro de una jaula de hierro, á los piés de la Santísima Virgen, en una esquina de la calle, permitió á Gringoire distinguir á la gitana, forcejeando entre los brazos de dos hombres, que procuraban sofocar sus gritos. La pobre cabra, asustada, bajaba los cuernos y balaba.

—Venga aquí la ronda! ¡Venga la ronda! gritó Gringoire, avanzando valerosamente. Uno de los hombres que tenía agarrada á la jóven se volvió hácia él: era Quasimodo. Gringoire no echó á correr, pero tampoco dió un paso más.

Llegóse á él Quasimodo, lo arrojó al suelo de un empujón y se deslizó en la

oscuridad, llevándose á la doncella doblegada sobre uno de sus brazos, como si fuera una banda de seda: su compañero iba detrás, y la pobre cabra los seguía, balando quejumbrosamente.

—Al asesino! al asesino! gritaba la desgraciada jóven.

—¡Alto ahí, miserables, y dejadme esa mujer! exclamó de repente, con voz de trueno, un ginete que salió de sopetón de una calle inmediata.

Era un capitán de los arqueros de la guardia del rey, armado de punta en blanco y con la tizona en la mano. Arrancó á la gitana de los brazos del estupefacto Quasimodo, la colocó á grupa en su caballo, y en el momento en que el terrible jorobado, al volver de su sorpresa, se precipitó sobre él para arrancarle la presa, quince ó diez y seis arqueros, que seguían de cerca á su capitán, aparecieron con el chafarote desenvainado. Formaban una patrulla que rondaba aquella noche por orden del señor Roberto de Estonteville, intendente del Prebostazgo de Paris.

Cercaron, prendieron y maniataron á Quasimodo, que rugía, echaba espuma por la boca y repartía mordiscos, y es seguro que si hubiera sido de día, con su horrible rostro, que la cólera ponía aun más horrible, le hubiera bastado para hacer huir á la patrulla; pero por la noche no podía usar su arma más poderosa, su fealdad.

Su compañero desapareció en cuanto vió la patrulla.

La gitana se incorporó con gracia sobre la silla del caballo del oficial, apoyó las manos sobre los hombros del jóven y le miró con fijeza durante algunos segundos, como hechizada por el semblante varonil y por el oportuno auxilio que acababa de prestarle; luego, rompiendo el silencio, le dijo, dulcificando más todavía su dulce voz:

—Cómo os llamais?

—Soy el capitán Febo de Chateaupers, para servirlos, hermosa mia, dijo con satisfacción el oficial.

—Gracias, le contestó la gitana.

Mientras el capitán Febo se atusaba su bigote á la borgoñona, deslizóse ella de la silla del caballo, como una flecha que cae al suelo, y desapareció. Un relámpago se desvaneció con menor rapidez.

—Ombligo del papa! exclamó el capitán, mandando apretar las correas de Quasimodo; mejor hubiera querido quedarme con la mozuela.

—Cómo ha de ser, capitán! le contestó un gendarme; se voló la alondra y nos ha quedado el mochuelo.

V.

Continúan los inconvenientes.

Atolondrado quedó del golpe Gringoire en tierra, delante del retablo de la Santa Virgen; pero poco á poco fué recobrando el conocimiento: permaneció algunos instantes flotando en una especie de éxtasis soñoliento, no desprovisto de dulzura, en el que las formas aéreas de la gitana y de la cabra formaban misterioso ayuntamiento, obligadas por el peso del puño de Quasimodo; pero este estado de delirio le duró poco rato, porque la impresion aguda de frío, que se sentía en la parte de su cuerpo que se hallaba en contacto inmediato con el empedrado, le despertó de repente.

—De dónde diablos viene este frío? se preguntó, apercibiéndose entonces de que se hallaba en el suelo y en medio del arroyo de la calle.

—Maldito cíclope jorobado! murmuró entre dientes, y quiso levantarse; pero estaba demasiado aturrido y magullado, y tuvo que permanecer inmóvil en el suelo. Como tenía las manos libres, se tapó la nariz y se resignó.

—El lodo de Paris es pestífero; debe contener gran cantidad de sal volátil y nitrosa; tal es al menos la opinion de Nicolás Hamel y de los herméticos...

La palabra *herméticos* le recordó de súbito al arcediano Claudio Frollo. Le acudió á la memoria la escena violenta que acababa de entrever, en la que la gitana forcejeaba para librarse de dos hombres, y en la que Quasimodo tenía un compañero, y la fisonomía tétrica y altiva del arcediano pasó confusamente por su imaginacion.—¡Cosa extraña sería!—se dijo, y con aquel dato y sobre aquella base empezó á construir el fantástico edificio de las hipótesis, verdadero castillo de naipes de los filósofos. Pero luego, volviendo á la realidad, exclamó: —Pero yo estoy helado!

Aquel sitio le era cada momento que pasaba más insoportable; cada molécula del agua del arroyo absorbía una molécula del calor latente de los lomos de Gringoire, y el equilibrio entre la temperatura de su cuerpo y la del arroyo empezaba á establecerse de un modo cruel.

Vino entonces á amagarle un peligro



de distinta naturaleza; un grupo de chiquillos, de esos salvajes descalzos que en todas las épocas pasean por el empedrado de París, conocidos con el nombre eterno de pilletes (*gamins*), y que cuando éramos niños como ellos nos apedreaban todas las tardes, al salir de la clase, porque no llevábamos los pantalones rotos; un grupo de aquellos pilletes, repetimos, acudía hácia la encrucijada en que yacía Gringoire, moviendo gran algazara y dando grandes risotadas, sin importarles un ardite turbar el sueño de la vecindad. Llevaban arrastrando un saco informe, y solo con el ruido que producían sus abarcas hubieran podido despertar á un muerto; Gringoire, que aun no lo estaba, se incorporó al verle venir.

—Eh, Henequin Dandeché! ¡Eh, Juan Pincebourde! iban gritando desaforados; el viejo Eustaquio Moubon, que vendía hierro en la esquina, acaba de morir. Aquí está su jergon, y vamos á hacer con él una hoguera, que hoy es día de eso.

Diciendo esto, arrojaron el jergon sobre Gringoire, cerca del que habían llegado sin verle; al mismo tiempo, uno de los chiquillos tomó un puñado de paja y fué á encenderla en la mecha que ardía delante de la Virgen.

—Voto vá! murmuró Gringoire; ahora voy á tener demasiado calor.

El momento era crítico: iba el poeta á verse cogido entre el agua y el fuego, por lo que hizo un esfuerzo sobrenatural, un esfuerzo de monedero falso, al que van á quemar y trata de escaparse. Se puso en pié, arrojó el jergon sobre los muchachos y huyó.

—Virgen Santa! exclamaron los pilletes; ¡el vendedor de hierro que vuelve al mundo!... Y echaron á correr por otro lado. El jergon quedó dueño del campo de batalla.

Aseguran Bellefret, el P. le Juge y Corrozet que al día siguiente le recogió con gran pompa el clero del barrio y le llevaron al tesoro de la iglesia Santa Oportuna, en la que sacó el sacristan hasta 1789 una pingüe renta con el gran milagro de la Virgen de la calle de Manconseil, que con su sola presencia en la memorable noche del 6 al 7 de Enero de 1482 exorcizó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar quehacer al diablo, había escondido maliciosamente su alma en el jergon.

## VI.

## El cántaro roto.

Después de haber corrido á todo correr durante algun tiempo sin saber á dónde, atravesando arroyos, sendas, callejuelas, callejones sin salida é innumerables encrucijadas, buscando huida y paso por todas las vueltas y revueltas de alhóndigas y de plazas, nuestro poeta se quedó parado de repente; en primer lugar por falta de aliento, y en segundo por estar convicto de la fuerza lógica de un dilema que acababa de ocurrirsele.

—Páreceme, amigo Gringoire, se dijo á sí mismo, que vas corriendo por ahí como un desatentado. Los pilletes han tenido tanto miedo de ti como tú de ellos. Páreceme que oíste el ruido de sus abarcas, que iban huyendo hácia el Mediodía mientras tú ibas huyendo hácia el Septentrion; pues bien, una de dos cosas, ó huyeron ó no; si han huido, debieron olvidar el jergon atemorizados, y ese jergon debe ser la cama hospitalaria que vas buscando desde esta mañana, y que la Virgen te la proporciona milagrosamente, para recompensarte de haber escrito en su loor un misterio; ó no han huido los pilletes, y en este caso han pegado fuego al jergon, y ese es el excelente hogar que necesitas para calentarte. La bendita Virgen María de la esquina de la calle de Manconseil quizás solo por eso haría que muriese Juan Moubon, y es una locura tuya el huir como un picardo perseguido por un francés, dejando atrás lo que vas buscando. Eres un necio.

Gringoire deshizo, pues, lo andado, y orientándose, oliendo y escuchando, trató de dar con el dichoso jergon; pero en vano: solo hallaba intersecciones de casas, callejones sin salida, encrucijadas, ante las que vacilaba continuamente, y estaba más confuso y más perdido entre aquellas lóbregas revueltas que si se hubiera encontrado en el dedalo del palacio de Tournelles. Por fin la paciencia se le agotó, y exclamó con tono solemne:

—Malditas sean las encrucijadas!

Esta exclamacion le desahogó un poco, y el reflejo rojizo que divisó al mismo tiempo al extremo de una calle larga y estrecha acabó de darle serenidad.—Loado sea Dios! ¡allí, allí está mi jergon! Y comparándose al marinero que iba á zozobrar:—*Salve*, exclamó religiosamente, *salve, maris stella!*

¿Dirigia este fragmento de letanía á la Virgen ó al jergon? Lo ignoramos por completo.

En cuanto dió algunos pasos en la larga callejuela, que tenía pendiente, no estaba empedrada y además era fangosa, notó un fenómeno que le llamó la atención. La calle no estaba desierta: de trecho en trecho, en toda su longitud, rastreaban no sé qué masas vagas é informes, dirigiéndose todas ellas hácia el resplandor que oscilaba al fin de la calle, como los pesados insectos que se arrastran por la noche de un tallo de yerba á otro hácia la hoguera del pastor.

Nada hace al hombre tan animoso como verse con el bolsillo vacío. Siguió Gringoire avanzando por la callejuela y no tardó en alcanzar á uno de esos gusanos que perezosamente se arrastraba detrás de los otros; examinándole de cerca vió que era un miserable lisiado, sin piernas, que andaba sobre entrambas manos, como una zancuda herida que ya no tiene más que dos patas. En el momento en que pasó cerca de esa especie de araña humana, abrió hácia él el pordiosero la voz quejumbrosa, diciéndole:

—*La buona mancia, signor! ¡la buona mancia!*

—¡Que el diablo te lleve y á mí también, exclamó Gringoire, si entiendo lo que dices!

Y pasó adelante.

Llegóse á otra de aquellas masas ambulantes y la examinó con atención: era esa masa un tullido, cojo y manco á la vez, tan manco y tan cojo, que el complicado sistema de muletas y de piernas de madera que le sostenían le asemejaba á un maderámen puesto en movimiento. Gringoire, que era aficionado á las comparaciones nobles y clásicas, le comparó en su pensamiento al trébedes vivo de Vulcano. Este trébedes vivo le saludó al pasar, pero parando el sombrero á la altura de la barba del poeta, como si fuera una vacía para afeitarse, gritándole á los oídos:

—¡Señor caballero, para comprar un pedazo de pan! (1)

—También habla este otro, pero en lengua extraña, dijo Gringoire, y más dichoso es que yo él si la entiende. Después, dándose un golpe en la frente por una súbita transición de ideas, exclamó:

(1) Así está escrito en lengua española en el original francés.

—¿Qué me querían dar á entender esta mañana cuando pronunciaron la palabra *Esmeralda*?

Quiso acelerar el paso, pero por tercera vez se le puso un obstáculo delante. Aquel obstáculo, ó mejor dicho, aquel individuo era ciego, un ciego bajito, de fisonomía judía y barbuda, que remaba en el espacio á su alrededor con un palo y que llevaba á remolque un perro; este ciego dirigió su petición á Gringoire con acento húngaro: *Facitote caritatem!*

—Vaya con Dios! dijo el poeta; éste al menos habla en lengua cristiana. Preciso es que yo tenga traza de muy caritativo para que me pidan todos limosna, á pesar del estado de anemia de mi bolsillo.—Amigo mio (le contestó al ciego), he vendido la semana pasada mi última camisa; te lo diré de otra manera, ya que entiendes la lengua de Ciceron: *Vendidi hebdomade nuper transita meam ultimam chemisam.*

Diciendo esto dió las espaldas al ciego y prosiguió su camino; pero el ciego apretó el paso detrás de él, y al mismo tiempo el tullido y el lisiado sin piernas sobrevinieron cada uno por su lado y de prisa, dando voces y haciendo ruido con las muletas sobre el empedrado. Después los tres, tropezando unos con otros detrás del pobre Gringoire, se pusieron á cantar su letanía:

—*Caritatem!* le decía el ciego.

—*La buona mancia!* el hombre araña.

—*Un pedazo de pan!* el cojo.

Gringoire se tapaba los oídos.—Esto es la torre de Babel, exclamaba. Diciendo esto echó á correr y el ciego corrió, el cojo corrió y el lisiado sin piernas corrió también.

A medida que Gringoire se internaba en la calle, otros ciegos, lisiados y cojos pululaban á su alrededor, y mancos, tuertos y leprosos con sus llagas, que salían de las casas y de los callejones adyacentes, aullando, chillando y ladrando, cayendo y levantándose, arrastrándose hácia la luz y hundidos en el lodo, como babosas después de la lluvia.

Gringoire, acosado por sus tres perseguidores, sin saber en qué pararía todo aquello, iba sofocado por entre ellos, evitando á los cojos, saltando por encima de los que andaban arrastrándose, hundidos los piés en aquel hormiguero de lisiados, como el capitán inglés que se metió en una gazapera de cangrejos.

Ocurriósele la idea de volver atrás, pero era ya tarde; aquella legión se cerró tras él y los tres mendigos le seguían



acosando. Continuó, pues, su camino, impelido al mismo tiempo por aquel irresistible torrente, por el miedo y por el vértigo, que le presentaba esa escena como un sueño horrible.

Al fin llegó al extremo de la calle, que desembocaba en una plaza inmensa, en la que mil luces esparcidas vacilaban en la niebla confusa de la noche. Entró en ella Gringoire escapado, por la velocidad de sus piernas, de los tres espectros inválidos que le tenían asido.

—Dónde vas? le preguntó el cojo, arrojando las muletas y corriendo hasta él con las dos piernas más ágiles que trazaron jamás pasos geométricos en el empedrado de París. Entre tanto el que andaba arrastrándose se puso derecho y echó al cuello á Gringoire los trapos y las tablas sobre las que se arrastraba, y el ciego le miraba cara á cara con dos ojos que arrojaban llamas.

—Dónde estoy? preguntó atemorizado el poeta.

—En la *Córte de los Milagros*, le respondió un cuarto espectro que se acercó á él.

—Lo comprendo, repuso Gringoire, porque veo que los ciegos tienen vista y los cojos corren; ¿pero dónde está el Salvador?

Al oír esta pregunta lanzaron todos ellos carcajadas siniestras.

El pobre Gringoire tendió la vista á su alrededor y vió que, en efecto, se encontraba en la temible *Córte de los Milagros*, en la que jamás un hombre honrado había penetrado á aquellas horas: círculo mágico, en el que los oficiales del Chatelet y los soldados del Prebostazgo que se atrevían á internarse desaparecían hechos trizas; madriguera de ladrones, repugnante verruga del rostro de París; albañal de donde salía todas las mañanas y á donde volvía todas las noches á podrirse el arroyo de los vicios, la mendicidad y la holgazanería que rebosan siempre en las calles de las capitales; colmena monstruosa á la que iban á parar por las noches con su botín todos los zánganos del orden social; falso hospital, en el que el gitano, el fraile tuno, el estudiante perdido, los pillos españoles, italianos y alemanes, de todas las naciones y de todas las religiones, judíos, cristianos, musulmanes, idólatras, cubiertos de llagas postizas y mendigos durante el día, se transforman de noche en bandoleros; inmenso vestuario, en fin, donde se desnudaban y vestían en aquella época todos los actores

del eterno drama que el robo, la prostitución y el asesinato representan en las calles de París.

Era aquel sitio una vasta plaza irregular y mal empedrada, como lo estaban entonces todas las plazas de la capital de Francia. Ardían de trecho en trecho algunas hogueras, á cuyo alrededor hormigueaban extraños grupos que iban, venían y gritaban; oíanse agudas carcajadas, vagidos de niños y voces de mujeres. Las manos y las cabezas de aquella turba, negras, sobre el fondo luminoso, trazaban diabólicos perfiles: de vez en cuando por tierra, donde temblaba la luz de las hogueras, se veía pasar, entre la sombra, un perro que parecía hombre ó un hombre que parecía perro. Los límites de las razas y de las especies parecía que se borraban en aquellos sitios como un pandemonium: hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedades, todo era comun en aquella gente, todo estaba junto, mezclado y confundido allí, y cada uno participaba de todo.

El vacilante y débil reflejo de las hogueras permitió á Gringoire distinguir, á pesar de su turbación, alrededor de la inmensa plaza, un asqueroso ceñidor de casucas viejas, cuyas fachadas, sucias y descascaradas, con alguna ventana iluminada en cada una, le parecían en la oscuridad enormes y monstruosas cabezas de viejas, formadas en círculo, que miraban el *sábado* guiñando los ojos. Aquel era un nuevo mundo desconocido, inaudito, deformé, hormigueante y fantástico.

Gringoire, más azorado cada momento y cogido por los tres mendigos como por tres tenazas, ensordecido por la multitud de semblantes que gritaban y berreaban á su alrededor, trataba de recobrar su presencia de ánimo para convencerse de que no se encontraba en un *sábado*; pero eran inútiles sus esfuerzos: estaba cortado el hilo de su memoria y de sus pensamientos, y, dudando de todo, flotaba entre lo que veía y lo que sentía, planteando en su mente este insoluble teorema: Si existo, ¿cómo puede ser eso? Si eso es, cómo puedo existir?

Le apartó de su teorema un grito general que lanzó la chillona turba que le rodeaba.

—Llévemosle al rey! dijeron.

—Virgen santa! exclamó Gringoire; el rey de esta gente debe ser algún macho cabrío.

—Al rey! al rey! repitieron todos en coro.

Le arrastraron, peleándose todos por llevarse, pero los tres mendigos no soltaron su presa y se la quitaron á los otros, aullando: ¡Es nuestro! El traje, ya viejo, del poeta, exhaló el último suspiro en aquella lucha.

Al atravesar Gringoire aquella maldita plaza se disipó su vértigo; después de andar algunos pasos recobró por completo el sentimiento de la realidad, como si se acostumbrase á aquella atmósfera. Desde el primer momento, de su cabeza de poeta, ó quizás sencilla y prosáicamente de su estómago vacío, se elevó un humillo, un vapor, por decirlo así, que, extendiéndose entre los objetos y su vista, solo se los había permitido ver entre la incoherente bruma de la pesadilla, entre las sombras de los sueños, que hacen temblar los contornos, gesticular las formas y aglomerarse los objetos en grupos desmesurados, convirtiendo las cosas en quimeras y los hombres en fantasmas. Poco á poco sucedió á esta alucinación la mirada menos extraviada y menos exageradora; la realidad tomaba cuerpo á su alrededor, tropezando con sus ojos y con sus piés, y derribando pedazo tras pedazo toda la espantosa poesía de que se creyó rodeado al principio. Fuele ya entonces forzoso reconocer que no andaba por la laguna Estigia, sino por el lodo; que no se codeaba con demonios, sino con ladrones; que no arriesgaba el alma, sino la vida (porque le faltaba el precioso conciliador que se interpone con eficacia entre el bandido y el hombre honrado: la bolsa). En una palabra, examinando su situación de cerca y á sangre fría, se convenció de que no había caído en un *sábado*, sino en una taberna.

La *Córte de los Milagros* era efectivamente una taberna, pero una taberna de bandidos, que así la enrojecía la sangre como el vino.

El espectáculo que se presentó á los ojos de Gringoire, cuando su desarrapada escolta le depositó por fin en el término de su carrera, no era á propósito para inspirarle ideas de poesía, ni aun de poesía infernal, porque vió en él más que nunca la prosáica y brutal realidad de la taberna: si eso no hubiera sucedido en el siglo quince, diríamos que Gringoire había descendido desde Miguel Angel hasta Callot (1).

Alrededor de una hoguera grande que ardía sobre una ancha y redonda losa, y cuyas llamas se extendían hasta los enrojecidos piés de un trébedes, vacío entonces, se veían por todas partes algunas mesas cojas, colocadas sin orden. Relucían sobre aquellas mesas algunos jarros llenos de vino y de cerveza, á cuyo alrededor se agrupaban numerosas caras báquicas, enrojecidas por el fuego y por el vino. Véase aquí un hombre de abultado vientre y de rostro jovial, abrazando con ardor á una prostituta súcia y carnosa; véase allí á una especie de perdonavidas, que desataba silbando las vendas de su supuesta herida y sacaba á relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada con muchas ligaduras desde por la mañana; acá se preparaba un pordiosero con celidonia y con sangre de toro la *pierna* para el día siguiente. Más abajo un pillete, con sus conchas y traje completo de peregrino, deletreaba la canción de *¡Santo Dios, Santo immortal!* sin olvidar la salmodia ni el acento gangoso. Acullá un jóven rollizo daba lección de epilepsia con un gitano viejo, que le enseñaba el arte de echar espu-marajos por la boca mascando un pedazo de jabón, y más allá se deshinchaba un hidrópico, haciendo que le tapasen la nariz cuatro ó cinco ladronas que se disputaban junto á la misma mesa un niño robado aquella noche. Circunstancias todas que, dos siglos más adelante, *parecieron tan ridículas á la córte*, según dice Sauval, *que sirvieron de pasatiempo al rey y de entrada al baile real de la Noche, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Petit-Bourbon*. "Jamás, añade un testigo ocular de 1653, fueron representadas con más acierto las súbitas metamorfosis de la *Córte de los Milagros*. Benserade nos preparó la introducción con versos bastante ingeniosos."

Por todas partes resonaban carcajadas y canciones obscenas, atendiendo cada uno á sí mismo, glosando y blasfemando sin escuchar al vecino. Chocábanse los jarros y nacían las contiendas al choque de éstos, y haciéndose pedazos, desgarraban los harapos.

Un perro muy grande, sentado sobre la mesa, miraba la hoguera. Tomaban parte en la algazara general varios muchachos; el niño robado, que lloraba y gritaba; otro grueso de cuatro años, sentado, con las piernas colgando sobre un

(1) Callot, célebre grabador francés, que nació á últimos del siglo diez y seis. Sus grabados al agua fuerte presentan casi todos asuntos canallescicos.



banco demasiado alto para él, á la mesa, que le llegaba á la barba, y sin decir palabra; otro extendiendo con gravedad sobre la mesa con el dedo el sebo derretido de una vela que se corría; otro pequeñuelo, acurrucado en el lodo, casi perdido dentro de un caldero, que raspaba con una pizarra, de cuya operación sacaba un ruido capaz de hacer que se desmayara Stradivarius.

Habia un tonel junto á la hoguera y un mendigo sentado sobre el tonel; era el rey sobre el trono.

Los tres perseguidores de Gringoire le llevaron ante el tonel, y reinó profundo silencio durante un instante entre aquella turba, excepto en el caldero que ocupaba el chiquillo. Gringoire no se atrevía á respirar ni á levantar la vista.

—Quitate el sombrero, le dijo uno de los tres mendigos que le acompañaban, y antes de que comprendiese por qué se lo decía, otro de ellos se lo arrebató de la cabeza; aunque estaba muy usado, aun le era útil un día de sol ó de lluvia. Gringoire suspiró. Mientras, el rey, desde lo alto del tonel, preguntó:

—Quién es ese pajarraco?

Gringoire se estremeció: aquella voz, que acentuaba la amenaza, le recordó otra voz que aquella misma mañana dió la primera arremetida á su misterio, pidiendo entre el auditorio *una limosna por el amor de Dios!* Levantó la cabeza para mirar al mendigo y, en efecto, era Clopin Trouillefon.

Clopin Trouillefon, revestido de sus insignias reales, no tenía un andrajo más ni un andrajo menos; pero la llaga de su brazo habia desaparecido: llevaba en la mano uno de aquellos látigos con correas de cuero blanco, que usaban entonces los alguaciles para dispersar los grupos, y en la cabeza una especie de birrete con aros y cerrado por arriba, pero no era fácil distinguir si era chichonera de niño ó corona de rey; á las dos cosas se parecía.

Esto no obstante, sin saber por qué, Gringoire habia recobrado alguna esperanza al reconocer que el rey de la Côte de los Milagros era el maldito mendigo de la sala mayor.

—Maese... dijo con voz balbuciente, señor, monseñor... no sé cómo llamaros, al llegar al punto culminante de su crescendo y no sabiendo ya cómo subir ni bajar.

—Monseñor, majestad ó compañero, llámame como quieras, pero concluye

pronto. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—*En tu defensa!* repitió entre dientes Gringoire; esto ya no me gusta. Luego prosiguió en alta voz:—Señor, yo soy el que esta mañana...

—Por las garras del diablo! le interrumpió Clopin, dínos tu nombre y nada más.—Escucha. Estás en presencia de tres poderosos soberanos: yo soy Clopin Trouillefon, rey de Tunia, sucesor del gran Coesre, soberano supremo del reino de Germania; Matías Ungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, es aquel viejo pálido que está allá abajo y que lleva á la cabeza una rodilla de fregar; Guillermo Rousseau, emperador de Galilea, es aquel grueso que no nos oye y que acaricia á aquella deshonesta. Tus jueces somos los tres. Has entrado en el reino de la Germania sin ser hampon y has violado los fueros de nuestra ciudad: debes, pues, ser castigado si no eres capon ó tuno; esto significa en nuestro caló si no eres ladron, mendigo ó vagabundo.

—No he alcanzado tanto honor, contestó Gringoire; yo soy el autor...

—Basta, repuso Clopin sin dejarle concluir de hablar. Vamos á ahorcarte, lo que es muy justo. Como nos tratais en vuestra casa, os tratamos en la nuestra. La ley que aplicais á los truhanes, los truhanes os la aplican á vosotros; vuestra es la culpa si la pena es dura. Justo es que de vez en cuando se vea una cara de hombre honrado con el corbatin de cáñamo; esto ennoblece la horca. Ea, compadre, reparte alegremente tus guiñapos entre estas muchachas. Voy á mandar que te ahorquen para que diviertas á los truhanes, y tú dáles la bolsa para que echen un trago. Si tienes que hacer alguna monería, allá en el fregadero hay un famoso Dios-Padre de piedra que robamos en la iglesia de San Pedro. Te concedo cuatro minutos para que le arrojes tu alma á la cabeza.

Formidable fué la arenga de Clopin.

—Muy bien dicho; predicas como un papa, exclamó el emperador de Galilea, rompiendo un jarro para nivelar la mesa.

—Señores emperadores y reyes, contestó Gringoire con bastante sangre fría (porque no sabemos cómo recuperó su firmeza y pudo hablar con resolución), eso no puede ser; yo me llamo Pedro Gringoire, y soy el autor del misterio que se representó esta mañana en la sala mayor del palacio de Justicia.

—Ah! conque eres tú? exclamó Clo-

pin. Estuve allí; pero que nos hayas aburrido esta mañana, no es una razón para que no te ahorquemos esta noche.

—Difícil me será salir de este trance, murmuró entre dientes Gringoire que, sin embargo, tentó otro esfuerzo.—No alcanzo por qué razón, dijo en voz alta, no se han de contar los poetas en el número de los hampones. Esopo fué vagabundo, Homero fué mendigo, Mercurio ladron...

Clopin le volvió á interrumpir:

—Creo que tratas de ganar tiempo con tus gazmoñerías; vamos, déjate ahorcar y déjate de historias.

—Eso no, poderoso rey de Tunia, repitió Gringoire, disputando el terreno palmo á palmo. Se trata de un asunto que merece la pena... un momento... escuchadme... no me condenareis sin oirme.

Cubria, en efecto, su voz el estrépito que resonaba á su alrededor. El chiquillo rascaba el caldero con más entusiasmo que antes, y además, acababa de poner una vieja sobre los trébedes ardientes una sartén llena de grasa, que rechinaba en la lumbre.

Conferenció Clopin un breve rato con el duque de Egipto y el emperador de Galilea, que estaba completamente borracho, y luego gritó con voz de trueno:

—Silencio! Mas como la caldera ni la sartén le escuchaban, continuaron su duo, y apeándose el rey del tonel, dió un puntapié al caldero, que rodó con el chiquillo á diez pasos de distancia, y otro puntapié á la sartén, cuya grasa se esparramó por la lumbre, y volvió á subir con gravedad al trono sin hacer caso del llanto del chiquillo ni de los gruñidos de la vieja, cuya cena se desvanecía entre las llamas.

Trouillefon hizo una señal, y el duque, el emperador y los archipámpanos y los salteadores, se colocaron á su alrededor, formando una herradura, cuyo centro ocupaba Gringoire; verdadero semicírculo de andrajos, remiendos, oropel, hachas, horquillas, de piernas, de brazos gruesos y desnudos, de caras sórdidas y estúpidas. En medio de aquella tabla redonda de la pillería, Clopin, como el dux de aquel senado, como el rey de aquellas córtés, como el papa de aquel cónclave, dominada á la asamblea desde lo alto del tonel, con aire altanero, feroz y formidable, que hacia chispear sus ojos y corregía en su salvaje perfil el tipo bestial de la raza hampona.

—Escucha, le dijo á Gringoire, acariciándose la barba con la callosa mano;

no encuentro una razón para no ahorcarte. Conozco que eso te repugna, y es natural, porque vosotros, las personas decentes, no estais acostumbrados á estas cosas y creéis que eso es un monte. Como no te tenemos tierra, voy á proporcionarte un medio de librarte de eso por de pronto. Quieres ser de los nuestros?

Puede juzgarse qué efecto produciría en Gringoire esta proposición, en el momento en que ya perdía la esperanza de salvar la vida.

—Vaya que quiero, contestó.

—¿Consientes en alistarte en la compañía de la pequeña llama?

—Consiento.

—¿Te reconoces como miembro de la ciudadanía franca? añadió el rey de Tunia.

—Sí; como miembro de la ciudadanía franca.

—Súbdito del reino de la Germania?

—Seré súbdito de ese reino.

—Y truhan?...

—Y truhan.

—Pero de veras?

—De veras.

—Quiero que te fijas, repuso el rey, en que no por eso dejarás de ser ahorcado.

—Diablo! exclamó asustado el poeta.

—Solo que de ese modo, continuó el imperturbable Clopin, te ahorcarán más tarde, con más ceremonia, á expensas de la ciudad de Paris, en una horca de piedra, y serás ejecutado por personas honradas y eso siempre es un consuelo.

—Decís muy bien, contestó Gringoire sonriendo.

—Aquí se disfrutaban otras muchas ventajas. En tu calidad de ciudadano franco no tendrás que pagar ni empedrados, ni pobres, ni faroles, cargas á que están sujetos los vecinos de Paris.

Consiento, respondió el poeta. Seré desde hoy truhan, hampon, ciudadano franco, todo lo que queráis; que ya lo era yo antes, señor rey de Tunia, porque yo soy filósofo, *et omnia in philosophia, omnes in philosopho continentur*, como sabéis.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—Compadre, por quién me tomas? ¿que caló de judío de Hungría es ese que vomitas? Yo no sé el hebreo; se puede ser bandido sin ser judío; además, yo no robo, eso es demasiado ruin para mí; yo mato, soy asesino, pero no ladron.

Quiso Gringoire deslizar alguna excusa entre aquellas breves palabras, que la cólera acentuaba con energía,